EL AMOR EN COMANDITA,

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON JUAN RODRIGUEZ RUBÍ.

MADRID.
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
Pez, 40, 2.º
1871.

EL AMOR EN COMANDITA.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elamorencomandit00rodr

EL AMOR EN COMANDITA,

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN RODRIGUEZ RUBÍ.

Estrenado con grande aplauso en el Teatro Martin de esta Córte, la noche del 6 de Mayo de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

717829

PERSONAJES.	ACTORES.
ENGRACIA.....	SRAS. FRENDO.
CONSTANZA..... ...	MAILLI.
INÉS.....	SERRANO.
ALBERTO.....	SRES. RODRIGUEZ (D. A.).
JAIME.....	TORMO (Padre.).

La accion pasa en la fonda del establecimiento de baños de Marbella.—Es el anochecer.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con que haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala redonda de una fonda.—En el centro un velador con periódicos, revistas, tintero y papel de escribir. Rodeando al velador varias marquesitas. En el centro del costado de la derecha, una puerta grande, y encima de ella el número uno; en el de la izquierda, otras dos con los números dos y tres.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENGRACIA, CONSTANZA, esta con una carta en la mano.

CONST. ¡Qué poesía, qué fuego!
cómo hiere el corazon
de esas mágicas palabras
el irresistible ardor.

ENG. ¡Siguen los dichosos versos!
pero Constanza, ¡por Dios!
tú vas á volverte loca,
mira que eso es invencion,
que ninguna de esas frases
fué sentida por su autor,
pues con la risa en los labios
en el papel las trazó.

CONST. Imposible. Madre mia,
no pronuncieis eso, no;
quien tales palabras vierte,

que dulces cual la miel son;
quien se inspira en las corrientes
del más purísimo amor,
jamás el dolo en su alma
su impuro aliento albergó.
Y si no escucha un momento.

ENG. ¿Por cuarta vez?

CONST. Por favor!
(Leyendo.) «Hurí la de blanca frente,
»la de los rasgados ojos,
»la que tiene labios rojos
»como rojo es el coral;
»azucena adormecida
»por las caricias del viento...
»escucha el tímido acento
»de un desgraciado mortal.
»Cual lámpara suspendida
»del cielo de la esperanza,
»así brillas tú, Constanza,
»en el terrenal eden.
»Cual las brisas matutinas
»sobre las flores se mecen,
»así mis suspiros crecen
»rozando la pura sien.
»Hurí la de blanca frente,
»del valle flexible palma,
»por tí he perdido la calma
»por tí me muero de amor.
»Y verás si no me escuchas
»y de mi afan no te acuerdas,
»rotas del arpa las cuerdas
»de tu amante trovador.
»Jaime.» ¡Qué precioso nombre!
mamá, ¿qué te pareció?

ENG. Que yo no le he visto el arpa
en mi vida á ese señor.

CONST. Pero eso ya se supone
que es sólo figuracion...

ENG. ¡Pues!

CONST. Libertades poéticas
del mejor gusto...

ENG. Si yo

no te digo lo contrario.
¡Vaya! los poetas son
pintados para tomarse
ciertas libertades.

CONST. ¡Oh!
mamá, me estás disgustando;
tienes tan mala opinion
de esos seres inspirados
por la mirada de Dios!...
ellos de color de rosa
lo ven todo; su ilusion
nunca muere, y sus palabras
vierten aroma y candor.

ENG. ¡Angelitos¡ ¡qué inocentes!
¡vaya, es una compasion!
¡si jamás han roto un plato!
hija mia, acá internos
te diré que los poetas
inventan que es un primor
y mienten que se las pelan...
con la mejor intencion!
En fuerza de hablar del alba,
del arrollo y de la flor,
á todas horas ven albas;
y donde jamás creció
una flor, allá van flores
y perlas y ese turbion
de riquezas que tan sólo
ven con la imaginacion.

CONST. Mamá, me estás lastimando
el tímpano; por favor,
no prosigas profanando
á los que elevan la voz
para contar las grandezas
que el Sumo Hacedor creó.

ENG. (Tener una hija romántica
es el martirio mayor
que puede haber!)

CONST. Luego, Jaime
guia muy bien el landeau;
pinta, canta, baila y toca...

ENG. Todo de pura aficion:

hay mil Jaimes en Madrid
de muy brillante exterior,
pero despues, hija mia,
si los estudias... qué horror!

CONST. Yo á Jaime no le he estudiado,
pero si hace falta...

ENG. ¡No!
no te metas en dibujos,
que meneallo es peor.
En estos baños se encuentra
y, en seguida que te vió,
por pasar el rato en algo,
se puso á hacerte el amor;
despues, se larga á Madrid;
nieva un poco, y se acabó;
como era amor de verano,
con las heladas...

CONST. Por Dios,
mamá, le estás ultrajando;
me idolatra con fervor,
y en estos versos...

ENG. ¡Detente!
que ya es la quinta edicion,
y aun no hemos bebido el agua;
¡que no se entere el doctor!
(Mirando el reloj.)
Seis minutos han pasado;
si él lo sabe ¡ya se armó!
vamos corriendo á tomar
los diez basitos que hoy
nos corresponden.
(Tocando en un timbre que habrá en el velador.)
¡Inés!
tú presta siempre atencion
á tu madre, (Vuelve á llamar.) pero ¡Inés!

INES. (Saliendo.) Señoritas, aquí estoy.

ENG. (Dándole la llave del cuarto.)
Guarda la llave, que vamos
á tomar el agua; adios.
(Se van por el fondo.)

ESCENA II.

INÉS, sentándose.

Bebe más agua esta gente
que un borracho traga vino.
¡Si se van á volver ranas!
Todos estos señoritos
con sus dolores, sus toses,
¡qué emplastos! ¡están lucidos!
no se parecen á una,
que aunque mal me esté el decirlo,
aún no me han tomado el pulso.
Igual que ese lechuguino
del número dos, ¡ya es droga!
¡lo que me carga ese tio!!
á cuantas ve, tantas quiere;
ahora anda el muy relamido
detrás de mi señorita;
ó de su millon y pico,
que es lo que quiere atrapar...
¡lástima de tabardillo!

ESCENA III.

JAIME, exageradamente elegante, tipo de pollo en baños. Sale del cuarto número 2 INÉS.

JAIME. ¡Incomparable Constanza!. .
INES. ¿Por quién me ha tomado usté?
JAIME. Perdona, me equivoqué,
ha sido sólo una chanza.
Y ya ves que me desdigo,
conque no tienes razon...
INES. Y diga ¿en qué bodegon
ha comido usted conmigo?
JAIME. ¿Bodegon? no: pero iré
contigo á un hotel, mi cielo.
INES. ¿Ve usté esta mata de pelo?
no se peina para usté...
Usted camela á las tontas,

y habiendo en el mundo tantas...

JAIME. ¡Bah! chiquilla, que me atontas;
escupe, que te atragantas.
(Y la doncellita es bella,
y tiene buen aire, y ¡lista!
pues señor, otra conquista;
vámonos derecho á ella.)
¡Mírame! (Con exageracion.)

INES. ¿Sin que me espante?

JAIME. ¿Qué parezco? la verdad.

INES. ¡Vaya una serenidad!
me parece usté un silbante.

JAIME. (Mansa como un jabalí,
¿quién no se enamora, quién?)
(Aproximándose á Inés, la dice bajito.)
¿Á qué hora te viene bien
para que hablemos?

INES. ¿Á mí?
¡Pues es preciosa la flor!
déjeme usted que le cuente...
Já! já! já! *perfetamente*,
á cualquier hora, señor.

JAIME. Pues entónces salto y brinco:
¿á cualquier hora? ¡¡qué encanto!!

INES. No se me acerque usted tanto
porque le estampo los cinco.

JAIME. Pero, chica, no haya riña;
no seas fiera conmigo;
si yo quiero ser tu amigo;
si yo te idolatro, niña.
¿Á qué ese crudo rigor
con quien por tu sal perece?

INES. ¡Pues ya!

JAIME. Vamos, me parece
que me has de tratar mejor.
Óyeme: cuando en Madrid
los dos en paz nos hallemos,
verás tú cuántos extremos
hace por tí tu adalid.
Tú pide por esa boca
sin tener ningun reparo,
porque yo no soy avaro

mi tengo el pecho de roca.
Y cambiando de traje
pasearás muy tranquila
tu pañolon de Manila
y la mantilla de encaje.
Por supuesto no irás sola,
y con vestido de seda,
porque ese corto se queda
y le hace falta una cola.
Y tendrás, pues quiero yo,
para que nunca te aflijas,
á montones las sortijas,
las cadenas y... ¡reló!
(Muda quedó: ¡si es seguro!
claro, ¿quién resistiria?...)
Conque vamos, vida mia,
¿se ablanda ese pecho duro?

INES. Oiga usted: cuando en Madrid
los dos en paz nos hallemos,
ni usted hará esos extremos
ni será usted mi adalid.
Nada pedirá mi boca
porque yo tengo reparo
en que es mi honor muy avaro
y tengo el pecho de roca.
Y sin cambiar de traje
pasearé muy tranquila
sin pañolon de Manila
y sin mantilla de encaje.
Por supuesto que iré sola,
y la seda no me exalta,
porque á mí no me hace falta
que me ofrezca usté una cola.
Está usted, señor peal,
así el demonio le lleve?
¡esta gentuza se atreve
á un vestido de percal!
Para que más no se atreva,
sepa ¡voto á Belcebú!
que vale más que el tisú
si es honrada quien lo lleva.

JAIME. Pero, muchacha...

INES. ¡Arre allá!
¿qué se habia figurado,
que yo me habia tragado
esa píldora? ¡pues ya!
(Acercándose á él.)
Tengo un novio coracero,
si de tal cosa se entera,
le rompe á usté la mollera
con muchísimo salero.
Conque aliviarse: á más ver.
¡Já! ¡já!
JAIME. ¿Te ries?
INES. Me rio...
de usted... ¡qué desaborío!
¡abur! que tengo que hacer.
(Entra en la habitacion de la derecha, que cierra.)

ESCENA IV.

JAIME, luego ALBERTO.

JAIME. Me ha dejado patitieso,
la chiquilla es una malva...
Si estará Alberto en su cuarto?
(Abre la puerta número 3.)
¡Justo! escribiendo. ¡Calandria!
haz el favor un momento ..
¡hombre! sal, que me haces falta.
ALB. (Saliendo.)
¡Eres de lo más pesado!
sepamos: ¿de qué se trata?
JAIME. De que me hagas unos versos.
ALB. ¿Otros versos?
JAIME. ¡Por las ánimas!
Albertito de mi vida,
mira que soy hombre al agua
si me abandonas; atiende,
que el asunto es de importancia.
Siempre hecho un vago en Madrid,
sin ocupacion ni blanca,
tras de una rica heredera
anduve hambriento á la caza.

Para ello, dije, vistamos
con la mayor elegancia,
y la tela y las hechuras
las pagaré... con mi labia.
Me hice amigo de unos cuantos
hijos de muy buenas casas,
y tomando sus modales,
y aunque no me convidaban,
monté en su coche, y con ellos
en la Fuente Castellana
me doy un tono que á mí,
con ser el que soy, ¡me espanta!
En la puerta del *Casino*,
en *Fornos*, en embajadas
entro y salgo que es un gusto
y nadie me dice nada.
Esto me ha puesto en contacto
con chicas de la más alta
posicion; pero ¡ay Alberto!
han descubierto la hilaza,
y á cuantas me aproximé,
sin compasion ¡calabazas!
Así las cosas, ya iba
perdiendo las esperanzas,
cuando en estos baños ¡chico!
al fin encontré mi ganga,
mi tesoro, mi heredera,
en esa infeliz Constanza.
(Va á la puerta del foro y la cierra, y dice, acercándose á Alberto:)
¡¡Millon y medio!! ¿qué tal?
¡es bonita la palabra!
Empecé á hacerle el amor
y descubrí que es romántica:
¡divino! le dí los versos
que me hicistes ¡y ya escampa!
¡ay Alberto de mi vida,
ese fué el golpe de gracia!
¡Cómo se puso la niña!
lo mismo que un guante, blanda.
Conque, Alberto, no me dejes,
por el cielo, en la estacada;

á todas horas me pide
versos, y no hay más que darla
esos versos, pues ya tengo
su dote medio empeñada.
(Sentándose en la mesa y preparando papel y pluma.)
Conque á ver, ¡brille tu númen!
(Con énfasis.)
inspírate y de mis ánsias
dile á esa rica heredera.... (Transicion.)
lo que te diere la gana.

ALB. ¿Quieres que digamos algo
de la historia que ahora acabas
de contarme?

JAIME. ¡Por la Vírgen!
no te burles, que me matas.
Soy el hombre más prosáico
que existe bajo la capa
del cielo, y jamás acierto
á dar una palotada
de romanticismo puro.
Cuando hablo con Constanza,
créelo, me laten las sienes,
y la lengua se me traba,
y me silban los oidos,
y temo meter la pata.
Conque á ver, hijo de Apolo,
empuña por Dios el arpa.

ALB. Pero hacer versos de pronto...
eso necesita calma...

JAIME. Si tú los haces jugando...
mira que la chica aguarda.
¿Empiezo?

ALB. Bueno: veamos.

JAIME. Muy tiernecitos... y al alma.

ALB. (Pasea y dicta. Jaime escribe.)
«Cual la pálida luna en los espacios
»derrama su fulgor,
»así la luz de tus radiantes ojos
»me abrasa el corazon.
»Como los ruidos de templada tarde
»de inmensa languidez
»en el alma despiertan el recuerdo

»de la amada mujer,
»así de tus palabras el murmullo
»me levanta hasta Dios,
»y me ahogan, Constanza, los latidos
»del triste corazon!»

JAIME. ¡Divino! ¡bravo! ¡un abrazo!
firmemos: ahora la carta.

ALB. ¿Tambien te la he de dictar?
chico, ¿sabes que la amas
de una manera espantosa?

JAIME. Irá mejor redactada,
pues ya conoce tu estilo...
y fuera infundirla alarma;
por favor, Alberto mio,
ya que empezastes ¡acaba!

ALB. (Dictando.) «Divina Constanza: fije usted sus
»adorados ojos en esa pobre composicion,
»que es sólo un eco lejano de lo que siente
»mi alma. Inútil fuera esforzarme para pin-
»tar las gracias que la naturaleza derramó
»sobre usted, porque estas exceden á toda
»ponderacion. Es suyo rendido amante, que
»la idolatra—Jaime del Moral.».
(Cogiendo la salvadera.)
Ahora echaré los polvos.

JAIME. Hombre, no, no! muchas gracias,
que eso ya lo sé hacer yo.
(Cerrando la carta.)
La cierro y voy á buscarlas.
Dios te lo pague; me largo;
eres, Alberto, un alhaja!
(Váse por el foro.)

ESCENA V.

ALBERTO, luego INÉS por la derecha, saliendo de la habitacion número 1.

ALB. Qué seres hay en el mundo!...

INES. Don Alberto, buenos dias.

ALB. Téngalos usted muy buenos.

INES. La escena ha sido bonita.

ALB. Qué escena?

INES. Pues, la de ahora.
ALB. ¿Ha oido usted?
INES. Ni una pizca
he perdido, estaba ahí dentro;
¡lo sabrá mi señorita!
ALB. ¡Por Dios, no diga ustad nada!
INES. ¿Cómo es eso? me da grima
que sea usted tan pacato:
no señor, en seguidita
ce por be le he de contar
lo que ese perdis cavila.
Que los versos no son suyos
ni las cartas: que ese lila
tan sólo va por los cuartos
que chuparle determina.
Y usted, ¿por qué le hace versos?
ALB. Es nuestra amistad antigua.
INES. ¿Amistad con ese tipo?
pues no hay duda, se acredita
usted de tener buen gusto...
en querer su compañía.
ALB. Tiene usted razon, es cierto,
pero en fin, porque no diga
le soporto.
INES. Don Alberto,
yo soy muy franca, en mi vida
se me pudrió nada dentro:
y le diré sin fatigas,
que usted me ha sido simpático
aunque su amigo me envista...
que nada tiene que ver.
ALB. Muchas gracias, Inesita!
INES. No hay de qué. Pues voy al caso.
¿Por qué, vamos, no se anima
y la hace usted el amor?
ALB. ¿Á quién!
INES. Á mi señorita.
ALB. ¡¿Qué dice usted?!
INES. Pues es claro.
¿Acaso es fea?
ALB. ¡Divina!
NES. ¿No es rica?

ALB. ¡Eso no me importa!
INES. ¿Pero qué hacerle si es rica?
ALB. Inés, eso es imposible.
INES. ¿Por qué?
ALB. Porque se me erizan
los pelos sólo en pensarlo:
porque es mi alma muy tímida
y de fijo me arrimaba
calabazas.
INES. ¡Qué salida!
ALB. Si voy á hacer el amor,
se me llena de saliva
la boca y hablar no puedo,
y me tiemblan las rodillas,
y hago una facha tan fea
que renuncio á esa delicia.
Si pudiera hablarla á oscuras...
entónces, con valentía
le declaraba el amor
que dentro de mí se anida;
pero con luz y de frente...
ya me tiembla la barbilla.
INES. Pues no señor, no ha de ser!
casarse la pobrecita
con ese pelon, estando
usted aquí; no en mis dias.
Y haciendo usted esos versos
que el sueño y la paz le quitan.
ALB. Para otro los hago, sí,
y para mí no podria.
INES. Hombre, me causa usted lástima
y yo soy muy compasiva:
desde hoy le protejo á usted
y téngame por su amiga.
Pero escuche y obedezca.
Cuando llegue la hora crítica,
tiene que hablar de corrido
y tragarse esa saliva
que segun dice le estorba.
Para que tenga expedita
la lengua, bueno será
que hagamos ahora por vía

de ensayo una prueba. Cierre
(Alberto hace lo que dice Inés.)
esa puerta; (La del fondo.) y de prisita
hágame usted el amor
como entre ustedes se estila.
(Inés se sienta con mucho tono.)

ALB. Pero Inés, ¿cómo es posible?

INES. Hombre, de mentirijillas!
Figúrese usted que yo
soy Constanza; ¿qué diria?

ALB. (Con exagerada pasion.)
Que es usted encantadora,
que está por usted cautiva
de amor mi alma, que gime
por sus hechizos solicita

INES. Muy bien, así; cuidadito
con atragantarse, ¡siga!

ALB. Por usted llevo en el pecho
un volcan de noche y dia;
y los ángeles del cielo
tan grande pasion envidian.
No hay estrellas cual tus ojos,
ni flores cual tus mejillas,
ni aroma tan delicada
como el que vaga en tu risa.

INES. ¡Ay qué bien!... escupa usted
si acaso tiene saliva.

ALB. Si de mi amor te apiadas,
los dos á ignotas orillas
huiremos, mi bien...

INES. ¡Así!

ALB. Y en regiones más tranquilas
verás qué plácidamente
nuestras horas se deslizan.
Y allí los dos amorosos
bajo la inmensa cortina...

INES. Qué bien, ¿eh? lo pasaremos.

ALB. (Cogiendo á Inés una mano.)
Deja que en tu mano imprima
besos mil.

INES. (Volviendo la mano.) ¡Eh! qué hace usted:
acuérdese que es mentira.

ALB. Y que te jure mi amor,
bien querido, de rodillas.
(Cae á los piés de Inés.)

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA ENGRACIA, CONSTANZA, JAIME, por el fondo.

JAIME. Já! já! já!
ENG. ¡Bonito cuadro!
JAIME. ¿Esas tenemos, Alberto?
ENG. Pero Inés, explícate.
INES. Aquí no hay ningun misterio,
porque yo juego muy limpio;
(Mirando á Jaime, que habla con Constanza y con intencion.)
no así todos, yo me entiendo.
El señor... que es un poeta
de los de más nota...
CONST. (¡Cielos!
¡cuánto poeta! ¡qué gusto!)
INES. Que hace muy bonitos versos,
¿No es verdad, don Jaime?
JAIME. ¡Oh!
(La voy á romper un hueso!)
INES. Y comedias y zarzuelas.
Sólo estaba refiriendo
una escena muy bonita,
salgo yo aquí, y tan á tiempo,
que se echa á mis piés y ustedes
entran en este momento.
JAIME. ¡Comprendido! es natural.
CONST. Es un efecto del génio.
INES. Porque aquí no somos todos,
¡claro! lo que parecemos.
ENG. Ya sé que eres buena chica,
anda, vete por ahí dentro.
INES. No hay que fiar de apariencias,
que á lo mejor, sin saberlo,
tira el diablo de la manta
y se descubre un enredo.
ENG. Pero si aquí nadie duda

de tu honor ¿á qué viene eso?

INES. Viene... en fin, álguien me entiende
que finje no estar atento.
(Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

DICHOS ménos INÉS. Forman dos grudos. CONSTANZA y JAIME á la derecha, ALBERTO y DOÑA ENGRACIA á la izquierda. Se sientan.

ENG. ¡Qué medias palabras usa!
¿por qué lo dirá? ¡no acierto!

ALB. Señora, no haga usted caso...

ENG. Tiene usted razon; no hablemos
más del asunto.

ALB. ¿Qué tal
prueban los baños?...

ENG. Veremos,
yo ya he tomado sesenta
y hasta ahora va bien.

ALB. Me alegro.

CONST. (Á Jaime.) ¿Conque tan grande poeta
es su amiguito?

JAIME. ¡Oh! de eso
hay mucho que hablar: ahora
empieza; hay algun estro,
alguna chispa fugaz...
pero es buen chico; le aprecio,
y me consulta á menudo;
le corrijo sus defectos,
y tal vez llegue á ser algo
si no olvida mis consejos.

CONST. No todos rayan tan alto
como usted.

JAIME. ¡Oh! ¡Lo confieso!
aunque no me conoce usted;
eso lo hago yo durmiendo;
tengo escritos diez poemas...
me gusta tanto lo épico!
tragedias más de sesenta,
y drámas... unos quinientos.

CONST. Así se comprende, como
hace usted tan lindos versos.
Los que me acaba de dar
son de imponderable mérito.
Estuvo usted inspirado.

JAIME. ¡Ay, sí! Constanza, yo suelo
inspirarme fácilmente
á la vista del... (dinero.)

ENG. (Á Alberto.)
Se estarán achicharrando,
¡si Madrid es un infierno!
(Es simpático este jóven.)
¿Y usted vive allí de asiento?

ALB. Sí, señora; mis reales
hace tiempo que allí tengo.

ENG. Yo he visto esa cara...

ALB. Puede...

ENG. ¿Dónde ha sido? no recuerdo...

ALB. ¿Va usted al teatro?...

ENG. ¡Justo!
le llamaron á usted ¡cierto!
¡una preciosa comedia!

ALB. Es favor que no merezco.

ENG. No! no! la verdad ..

ALB. Mil gracias.

ENG. Nos tuvo usted sin aliento;
mas, dígame, ¿por qué son
ustedes tan embusteros?

ALB. Señora, ¡usted nos ofende!

CONST. (Á Jaime con pasion.)
Cuando el sol se va poniendo
y las flores languidecen,
y sus pétalos abiertos
se deshojan, y su aroma
por siempre arrebata el viento;
y el ave que vuelve al nido
donde están sus hijos tiernos...
todo eso está rebosando
el más puro sentimiento.
¿No es verdad, Jaime?

JAIME. (Apurado.) ¿Quién duda?
Cuando la brisa y el cierzo,

y la noche y las palomas,
entónces... ¡oh!... ¡me estremezco!
¡¡yo soy muy impresionable!!
(Lo que es en este terreno
me atranco; ¡ya estoy sudando!
si pudiera hablar Alberto
en mi lugar, me salvaba!)

CONST. No podemos seguir: luego,
cuando se acueste mamá,
tiene muy pesado el sueño,
yo saldré aquí y nuestra plática
continuamos...

JAIME. (¡Santos cielos!)

ALB. Esta es la verdad, señora;
los poetas no podemos
realizar cuanto decimos,
es verdad, no se lo niego;
pero en la vida real,
cuando al mundo descendemos,
podemos ser, como ustedes
y como cualquiera, buenos.

ENG. Así me gusta á mí, ¡bien!
(Es un jóven muy completo.)
Constanza, vamos, que es tarde.
(Se levantan.)
Señores, adios: Alberto,
he tenido mucho gusto
en conocerle y me ofrezco...

ALB. Lo mismo digo; en Madrid...
(Se saludan.)

CONST. (Bajo á Jaime)
(Hasta despues.)

JAIME. (Id. á Constanza.) (Hasta luego.)

ESCENA VIII.

ALBERTO, JAIME.

JAIME. ¡Ay, Alberto de mi vida!

ALB. ¿Qué te sucede?

JAIME. ¡Estoy muerto!
tengo la lengua pegada

al paladar, ¡hoy la entrego!

ALB. Sepamos...

JAIME. ¡Pues ahí es nada!

(Inés se asoma al fondo, y se entera de lo que hablan.)

que para esta noche tengo
una cita con Constanza,
y yo ese estilo poético
se me ha atravesado aquí;
vamos, chico, no lo entiendo;
y es claro que voy á hacer
un papel bastante feo.
Volarán las ilusiones
de Constanza, y sin remedio
me arrima unas calabazas
de primer órden, ¡qué aprieto!
Si yo nunca lograré
atrapar... ¡me desespero!
¡ay dotes del alma mia
más dulces que un caramelo!

ALB. ¿Y qué quieres que le haga?

JAIME. Como es de noche, yo pienso
que tú, bajando la voz,
puedes ocupar mi puesto.

ALB. ¿Tambien he de hablar por tí?

JAIME. Yo te lo suplico, Alberto.

(Se retira Inés.)

ALB. (No me disgusta la idea!)

JAIME. ¡Vivas mil!... ¿eh? por supuesto
que no te propasarás...

ALB. Hombre, soy un caballero
y dadas tengo en mi vida
bastantes pruebas de ello.

JAIME. Tú me salvas otra vez;
á tí la vida te debo.
Yo seré testigo mudo
y presenciaré de lejos
la escena, mientras que tú,
bajito...

ALB. No tengas miedo.

JAIME. Te despachas á tu gusto
é hilvanas esos enredos

de las flores, los arroyos,
las lunas y los luceros.
En tanto llega la hora
vamos á dar un paseo.

ALB. Convenido.

JAIME. Y de ese modo
se te despeja el cerebro.

ESCENA IX.

Es de noche. Jaime y Alberto se han ido por el foro izquierda, y aparece INÉS por el foro derecha, con una luz en la mano.

¡Habráse visto descaro!
¡vaya un hombre! ¡qué mastuerzo!
engañar de esa manera
á una jóven... pues le ofrezco
que se ha de acordar de mí.
¡Jesucristo!... ¡qué fullero!
¡Pobre señorita! no;
pues lo que es yo no consiento
que se burle de nosotros;
yo veré cómo me arreglo
para que á ese pelagatos
le quede siempre un recuerdo
de los baños de Marbella;
aunque se hunda el mundo entero,
tal la he de armar, que de gusto
me voy á chupar los dedos.

ESCENA X.

INÉS, CONSTANZA por la derecha, con bata blanca.

CONST. ¡Ah! Inés... (Con sorpresa.)

INES. Señorita,
¿usted á estas horas?

CONST. ¡Estoy desvelada!
el calor me ahoga
tanto, que no puedo
resistir la atmósfera
que hay en nuestro cuarto.

INES. Es chica la alcoba;

mas no se constipe...

CONST. Abrigo me sobra.

INES. ¿Será, usted perdone
si soy habladora,
que dormir no puede
porque entre las sombras
del sueño aparece
de amor una historia?

CONST. Inés, ¿quién te ha dicho?

INES. Sé yo muchas cosas.
Yo sé que hay un hombre
que tanto la adora,
que diera contento
su existencia toda
por sólo una risa
que viese en su boca.
No es el que usted piensa,
es otra persona,
que se oculta y calla
y su afan devora.
Es muy cobardon,
parece una monja;
pero usted le quiere,
aunque usted lo ignora.

CONST. ¿Qué misterio es este
que me vuelve loca?

INES. Él versos le ha escrito
sin que usted conozca
que es él quien los hace,
aunque otro es quien cobra,
y es que él es tan tímido
que se alegra y goza
sabiendo que usted
aplaude sus obras.
Bastante le digo,
si no es usted tonta,
conque á abrir el ojo,
que á todos importa
que dentro de poco
se vuelvan las tornas.

CONST. (Por Jaime lo dice,
aunque no le nombra.)

INES. No es el que usted piensa,
es otra persona
que se oculta y calla
y su afan devora.
Es muy cobardon,
parece una monja;
pero usted le quiere,
aunque usted lo ignora.
Con que buenas noches,
que aquí hay quien estorba;
bastante le digo,
si no es usted tonta.

(Váse llevándose la luz por el fondo. Queda el teatro á oscuras.)

ESCENA XI.

CONSTANZA.

Me quedo temblando,
mi alma zozobra,
ante esas palabras
que mi mente embotan.
¡Qué haya quien me quiera
y no lo conozca!
Y no es Jaime, es otro
que en silencio llora,
y que me hace versos
y su amor sofoca...
¡parece imposible!
Inés se equivoca,
en darme ha pensado
sin duda esta broma
que esa chica ha sido
siempre revoltosa.

ESCENA XII.

CONSTANZA, JAIME, ALBERTO, por el fondo: entran muy despacito.

JAIME. (Bajo á Alberto.)

Allí está.

ALB. ¿Es ella?

JAIME. Sí.

Anda, acércate sin miedo;
habla bajo, aquí me quedo.

ALB. ¿Bella Constanza?

CONST. (Ay de mí!)

ALB. (Muy bajo.) El grato aroma que aquí
por el espacio se extiende,
de su pecho se desprende;
llega lánguido á mi boca
y mis suspiros sofoca
y mi corazon enciende.
Yo la adoro á usted, Constanza,
con fe tan pura y constante,
que no habrá más firme amante
del amor en la balanza.
Veo en usted mi esperanza,
la adoro al par que la admiro,
y si brota en mí suspiro,
perdiendo la dulce calma,
es para llegar al alma
en la que mi cielo miro.

JAIME. (¡Qué pico tiene! ¡Bien va!)

CONST. ¡Ay Jaime! ¡cuánta emocion!
su acento, mi corazon,
llenando de amor está.

ALB. Dulce Constanza, será
que mi voz está impregnada
de esa mágia idolatrada,
que blanda como las brisas,
aparece en sus sonrisas
y brota de su mirada.
Al darla Dios esos dones
consintió que reunidos
se confundan los latidos
de nuestros dos corazones.
Puras nuestras ilusiones
nada habrá que las divida.
Todo al amor nos convida,
porque sin sentir enojos
salen riendo á los ojos

alegrando nuestra vida.

CONST. ¿En mí qué puede usted ver
para que deje en mi oido
ese armonioso sonido
que me innunda de placer?
¿Qué es lo que yo podré ser
para inspirar en su mente,
esa palabra vehemente
que con su dulce calor
me hace ver en el amor
de dichas eterna fuente?

ALB. Usted es la flor bendita
que exhala célico aroma.
Usted la blanca paloma
que en el espacio se agita.
Usted el ángel que evita
de este mundo los dolores;
los sin iguales colores,
emblema de la esperanza,
y usted, divina Constanza,
el lazo de mis amores.

JAIME. (¿Eh? ¿qué tal? mi suerte es fija:
(Con cinismo.) ¡que yo tranquilo eso vea!)

CONST. Eterno recuerdo sea
de mi amor esta sortija.

ALB. Constanza, nunca le aflija
darme recuerdo tan bello,
que con tan puro destello
no habrá en su vida una pena,
y besaré la cadena
que ha echado usted á mi cuello.

CONST. ¿Será siempre su amor puro?

ALB. Tan puro como el armiño.

CONST. ¿Contaré con su cariño?

ALB. De rodillas se lo juro.
(Arrodillándose á los piés de Constanza.)
Constanza, yo te aseguro
que siempre te adoraré.

CONST. Y yo tu esposa seré
ó de nadie, bien querido.

JAIME. (Pues entónces me he lucido.
¿Yo con quién me casaré?)

ESCENA XIII.

INÉS, por el fondo con luz. ALBERTO, á los piés de Constanza. JAIME, sentado al fondo. Se ilumina la escena.

INES. Señores, muy buenas noches.
JAIME. (¡¡Me partió la doncellita!!)
CONST. ¿¡Inés?! ¡Alberto! ¿¡á mis piés?!
¡Y Jaime ahí! ¿quién me explica?...
ALB. Yo... Constanza...
INES. Pues es fácil,
la explicacion es sencilla.
Le dije á usted hace poco
¿se acuerda? que un hombre habia
que la adoraba en silencio;
¡ese es! (Señalando á Alberto.) que sus fatigas
las explicaba por boca
de ganso, (Señalando á Jaime.)
aquí está, que diga
si no es verdad. (Todo el plan
(Á Jaime bajo y aparte.)
desde ahí lo escuché escondida.)
(Señalando la derecha.)
JAIME. (Te retorciera el pescuezo
lo mismo que á una gallina.)
INES. Don Alberto es muy cobarde,
y los versos escribia
que á usté entregaba don Jaime:
esta le invitó á la cita,
porque como era á oscuras,
el rubor no le impedia
decirle á usted que le amaba,
y para que no se diga
nada del honor de usted,
don Jaime en espectativa
ha presenciado la escena.
Yo ya estaba prevenida
por los dos, y he entrado á tiempo,
y de este modo se evitan
más explicaciones, conque,
ya lo sabe, señorita,

dé las gracias á don Jaime
que lo ha hecho bien. (Bajo á Jaime.)
(¡Tragar quina!)

CONST. (Á Alberto.)
¿Conque eran de usted los versos?

ALB. Sí señora... esta sortija,
¿se la debo devolver?

CONST. Lo que se da no se quita,
¿acaso ha olvidado usted
que nuestro amor simboliza?

ALB. ¡Ah Constanza idolatrada!
(Siguen aparte.)
lo olvidaré con la vida.

JAIME. (¡Y que oiga yo esto con calma!
pues señor, esta es la quinta
vez que me quedo sin dote!
¡ah doncella fementida!
donde quiera que te pille
te voy á romper la crisma!)

INES. (Á Jaime aparte.)
Busque usted donde pegar
la tostada; so estantigua!
y otra vez abra los ojos
y mire usted dónde pisa.

JAIME. Ya miraré, y por si acaso
me encuentro con otra víbora
como tú, yo te prometo
que he de hacerle una tortilla.

INES. ¡Já! ¡já!

JAIME. He perdido la novia,
¿¡qué he de hacer!?

INES. Tragar saliva.

JAIME. Pues señor, conservaremos
si quiera la negra honrilla.
(Dirigiéndose al grupo que forman Constanza y Alberto.)
Reciban mi enhorabuena...

CONST. Y usted mil gracias reciba,
porque por usted podemos
disfrutar hoy de esta dicha.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA ENGRACIA, por la derecha.

ENG. ¿Pero, dónde estás. Constanza?
qué es esto? ¿cómo se explica?
ALB. Señora, esto significa
que está en usted mi esperanza.
ENG. ¿En mí?
ALB. En usted, señora,
así que le pido ufano
que me conceda la mano
de su hija encantadora.
ENG. ¿Á tales horas y así,
tan de pronto?...
ALB. Por favor,
no es pronto para el amor ..
ENG. (Á Constanza.)
¿Tú qué dices?
CONST. Yo, que sí.
ENG. Pues corriente, bien, concedo.
ALB. Es usted muy bondadosa.
CONST. Mil gracias, mamá.
ENG. Una cosa
(Señalando á Jaime.)
es la que entender no puedo.
(Forman dos grupos: en uno Constanza, Doña Engracia é Inés, y en otro Alberto y Jaime.)
JAIME. ¡Ah bribon! me la has jugado
de puño...
ALB. ¡Bah! qué salida!
escucha, en esta partida
yo sólo hacer he dejado.
Mientras vivas en el ocio
sin placer y sin dolor.
y mires sólo el amor
como el que mira un negocio:
Mientras lleno de inquietudes
por el afan que te mata,
en la mujer busques plata
y nunca busques virtudes.

Y sin fe, sin ilusion,
vagues triste por el mundo,
y sientas en lo profundo
vacío tu corazòn,
no te quejes, ¡pobre loco!
si los desaires te alteran,
¿cómo quieres que te quieran
si á nadie quieres tampoco?
Muda de vida y te ofrezco
que no serás el que ha sido.

JAIME. Ay! cuánto tiempo he perdido!
(Dándole la mano.) mas la leccion te agradezco.

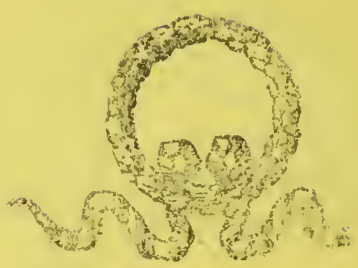
ALB. Hazlo, Jaime, y bien te irá:
la dicha así conseguimos...
¿si de todo nos reimos,
qué queda en el mundo ya?
(Dirigiéndose risueño á Constanza y cogiéndola la mano.)
Ahí la tienes, es bonita:
mi esposa al fin viene á ser,
porque no se puede hacer
EL AMOR EN COMANDITA.

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gessart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	K. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oua.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Hereia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.